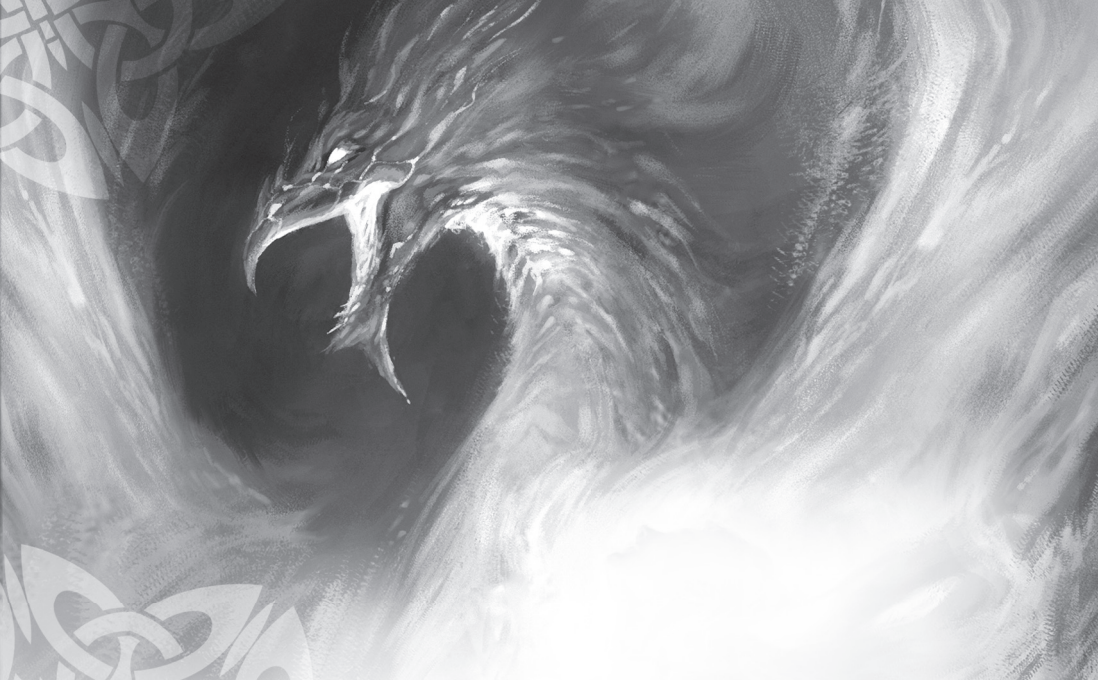

Capítulo 1

Cuando observé el lago en calma, supe que el riesgo había valido la pena.

El agua estaba tranquila y serena como un cristal reluciente. Ni una leve brisa ondulaba la superficie oscura. Una bruma flotaba a poca altura delante de las montañas líquidas y se recortaba contra el cielo púrpura. Respiré con entusiasmo y el aire pasó entre mis labios con un temblor. En instantes, saldría el sol.

Azure llegó sin aliento y no se molestó en poner el soporte de la bicicleta, que se desplomó con estrépito en el suelo, junto a la mía.

–¿No escuchaste que te llamaba? Sabes que no puedo pedalear tan rápido como tú.

–No quería perderme esto.

Finalmente, el sol se asomó por encima de las montañas formando una fina línea roja y dorada alrededor del lago en penumbra.

A mi lado, Azure suspiró y me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo que yo: imaginándose la sensación de la luz de la mañana sobre la piel.

–Jacinda, no deberíamos estar aquí –dijo, pero su voz carecía de convicción.

Hundí las manos en los bolsillos y me balanceé sobre los pies.

–Tienes tantas ganas como yo de hacer esto. Mira ese sol.

Antes de que Azure continuara refunfuñando, me quité la ropa y la escondí entre los arbustos. Luego me acerqué temblando al borde del agua, pero no a causa del frío de la mañana. La excitación estremecía todo mi cuerpo.

La ropa de Azure cayó al piso.

–A Cassian no le va a gustar esto –comentó.

La observé con el ceño fruncido. Como si me importara

lo que él fuera a pensar. No es mi novio, aunque me hubiera atacado por sorpresa el día anterior durante las Tácticas para Vuelos de Evasión y hubiera intentado tomarme la mano.

–No arruines este momento. No quiero pensar en él justo ahora.

Esa pequeña rebelión era en parte para alejarme de él. De *Cassian*. Siempre rondándome. Siempre cerca. Contemplándome con sus ojos oscuros. Esperando. Que Tamara se quedara con él. Me pasaba el día rogando que la quisiera a ella, que la familia la eligiera en mi lugar. Cualquiera menos yo. Suspiré y sentí un escalofrío. Detestaba que ellos no me dejaran elegir.

Pero todavía faltaba mucho tiempo para resolver esos asuntos. No tenía por qué pensar en eso aún.

–Vamos.

Relajé mis pensamientos y comencé a absorber todo lo que vibraba a mi alrededor. Las ramas con sus hojas grises y verdosas, los pájaros ruidosos ante el amanecer. La neblina húmeda envolvió mis pantorrillas. Flexioné los dedos de los pies en el suelo áspero mientras contaba mentalmente la cantidad de piedras que había debajo de ellos. En mi pecho, empecé a experimentar esa fuerza tan conocida. Mi apariencia humana se evaporaba, se desvanecía, y era reemplazada por la gruesa piel de draki.

Mi rostro se puso tenso, las mejillas se afilaron y se desplazaron sutilmente. Mi respiración cambió con el movimiento de la nariz, que se proyectó hacia adelante, separándose del puente. Los miembros se aflojaron y se alargaron. El avance de los huesos resultaba muy agradable. Levanté la cara hacia el cielo. Las nubes se transformaron en algo más que manchas grisáceas. Las veía como si ya estuviera planeando a través de ellas. Sentí que la frescura de la condensación abrazaba mi cuerpo.

No me tomó demasiado tiempo. Era, tal vez, una de mis manifestaciones más rápidas. Con el pensamiento claro y libre, y nadie cerca salvo Azure, todo era más fácil. Ni Cassian con su mirada reflexiva, ni mamá con temor en los ojos, ni ninguno de los otros escrutando, juzgando, evaluando.

Observándome siempre.

Las alas crecieron, apenas más largas que mi espalda. El sutil material pugnaba por revelarse. Se desplegaron en el aire con un leve susurro, casi un suspiro, como si ellas también buscaran escapar, liberarse.

Un zumbido familiar comenzó a subir por mi pecho, como un ronroneo. Me di vuelta para mirar a Azure. Estaba a mi lado, lista y hermosa. Azul iridiscente. En la creciente luz, percibí matices de rosa y púrpura ocultos en el azul profundo de su piel draki. Nunca antes los había notado.

Los vi por primera vez en ese momento, al amanecer, a punto de remontar vuelo, cuando la familia lo prohibía. Por la noche uno se perdía tantas cosas...

Eché una mirada hacia abajo y admiré el brillo dorado-rojizo de mis brazos lustrosos. Los pensamientos se dispararon. Recordé un trozo de ámbar de la colección familiar de piedras preciosas. Mi piel luce igual, como ámbar del Báltico atrapado entre los rayos del sol. Pero las apariencias a veces engañan. A pesar de que se ve delicada, mi piel es dura como una coraza. Hacía mucho que no me contemplaba de esa manera. Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que sintiera el sol en mi piel.

Azure ronroneó suavemente junto a mí. Nuestras miradas se encontraron –los iris agrandados y las pupilas oscuras y verticales– y supe que sus quejas habían concluido. Me miró fijamente con sus ojos de un azul brillante, tan feliz como yo de encontrarse ahí. Aun cuando hubiéramos roto todas las reglas del clan para escabullirnos de la zona protegida, éramos libres.

Me paré sobre la punta de los pies y salté. Mis alas se sacudieron bruscamente, las membranas ásperas se estiraron mientras me levantaban por el aire.

De un giro, comencé a volar.

A mi lado, Azure reía con un sonido grave y gutural.

El viento soplaba sobre nosotras y el dulce resplandor del sol nos acariciaba la piel. Una vez que estuvimos a una altura suficiente, ella se dejó caer. Descendió en picada por el aire y viró velozmente hacia el lago.

Hice una mueca.

–¡Presumida! –le grité. El sonido ronco del habla draki vibró en lo profundo de mi garganta mientras ella se zambullía en el lago y permanecía varios minutos bajo la superficie.

Como es una draki de agua, cada vez que se sumerge le brotan branquias a los costados del cuerpo, que le permiten permanecer sumergida… bueno, para siempre, si ella quisiera. Es uno de los útiles y variados talentos que nuestros ancestros dragones han adquirido para lograr sobrevivir. Por supuesto que no todos podemos hacer eso. Yo no puedo.

Sin embargo, tengo otras habilidades.

Sobrevolé el lago esperando que Azure emergiera. Con una brillante rociada de agua, atravesó la superficie. Su cuerpo añil se veía radiante en el aire mientras arrojaba con las alas una lluvia de gotas.

–Increíble –repuse.

–¡Ahora te toca a ti!

Sacudí la cabeza y partí otra vez. Ignorando las exhortaciones de Azure –*¡hazlo, es genial!* –, descendí a toda velocidad a través de la masa de montañas.

Mi talento ciertamente *no* es genial. Daría cualquier cosa por cambiarlo y ser una draki de agua o una visiocríptica o una ónix, o… la lista es realmente larga. En cambio, yo soy esto.

Exhalo fuego. Soy la única draki de fuego en la familia en más de cuatrocientos años. Esa habilidad me ha hecho más popular de lo que me hubiera gustado. Desde que me manifesté, a los once años, he dejado de ser Jacinda. En su lugar, soy *lanzallamas*. Un tema que ha hecho que la familia tome decisiones sobre mi vida como si tuviera el derecho de controlarla. Son peores que mi madre.

De pronto escuché algo más allá del silbido del viento y del murmullo de la bruma en las cumbres nevadas. Un sonido débil y distante.

Agucé los oídos, me detuve y permanecí sostenida en el aire denso.

Azure ladeó la cabeza; sus ojos de draki parpadearon mientras observaban atentamente.

–¿Qué es? ¿Un avión?

El ruido fue aumentando con rapidez, hasta volverse constante.

–Deberíamos descender.

Con un movimiento afirmativo, se lanzó hacia abajo. Salí detrás de ella y, al echar un vistazo hacia atrás, solo

alcancé a distinguir los picos recortados de las montañas. No obstante, oía algo más, y también podía sentirlo.

Continuaba acercándose. El sonido nos acosaba.

–¿Volvemos al lugar donde dejamos las bicicletas? –preguntó Azure. Su pelo negro con mechones azulados ondeaba como una bandera al viento.

Vacilé. No quería que ese momento se terminara. ¿Quién sabía cuándo podríamos escaparnos nuevamente? El clan me vigilaba muy de cerca, Cassian siempre estaba…

–¡Jacinda! –exclamó Azure señalando hacia el aire con uno de sus dedos azules tornasolados.

Miré en esa dirección y el corazón se me paralizó.

A lo lejos, un helicóptero rodeaba una montaña baja; al principio se veía muy pequeño, pero su tamaño aumentaba al aproximarse a través de la neblina.

–¡Vamos! –grité–. ¡Lánzate!

Con las alas pegadas al cuerpo, me arrojé a través del viento con las piernas estiradas como flechas, el ángulo perfecto para ganar velocidad.

Pero sin la rapidez suficiente.

Las paletas del helicóptero golpeaban el aire frenéticamente. *Eran cazadores*. Mientras volaba más velozmente que nunca, el viento me azotaba los ojos.

Azure venía a mis espaldas. Miré hacia atrás y le grité

que se apurara. Alcancé a ver la oscura desesperación en sus ojos líquidos.

Las drakis de agua no están diseñadas para volar aceleradamente y ambas lo sabíamos. Cuando su voz se crispó en un sollozo, comprobé que ella lo recordaba muy bien.

–¡Estoy intentándolo! ¡Espérame! ¡Jacinda! ¡No me dejes!

Detrás de nosotras, el helicóptero seguía avanzando. Un terror amargo inundó mi boca cuando otros dos se unieron a él, aniquilando mi esperanza de que se tratara de una máquina inocente encargada de tomar fotos aéreas. Era un escuadrón y nos estaba persiguiendo.

¿Es esto lo que le ocurrió a papá? ¿Acaso sus últimos momentos fueron así?, me pregunté. Sacudí la cabeza y alejé esos pensamientos. *Yo no voy a morir hoy*, me dije. Y no despedazarían mi cuerpo ni lo venderían en partes.

Hice una seña hacia las copas de los árboles que se aproximaban.

–¡Allí!

Nunca volábamos bajo, al ras del suelo, pero no teníamos alternativa.

Azure se lanzó zigzagueando detrás de mi estela. Desesperada, se arrastró junto a mí mientras lograba eludir por muy poco los árboles resplandecientes. Frené y me coloqué en posición. Mi pecho subía y bajaba entre jadeos feroces.

En medio del ruido ensordecedor, los helicópteros silbaban encima de nuestras cabezas, agitando los árboles hasta convertirlos en una inmensa espuma verde.

–Deberíamos replegarnos –dijo Azure con la respiración entrecortada.

Como si fuera tan fácil. Estábamos demasiado asustadas y no podemos volver a la forma humana en estado de miedo. Es un mecanismo de supervivencia de la especie. Nuestra esencia es draki, de allí proviene nuestra fuerza.

Levanté la mirada a través del entramado de ramas que se sacudían y nos servían de protección, y el aroma a pino y bosque invadió mi nariz.

–Yo puedo dominar mi cuerpo –insistió Az en nuestra lengua gutural.

–Aunque lo lograras, sería muy riesgoso. Tenemos que permanecer así. Si encontraran a un par de chicas aquí… después de haber divisado dos dragones hembras, sospecharían –un puñetazo frío me lastimó el corazón. No podía permitir que eso ocurriera. No solo por mí, sino por todos los drakis existentes. El secreto de nuestra habilidad para transformarnos en humanos es nuestra gran defensa.

–¡Si no estamos en casa en una hora, tendremos problemas!

Me mordí el labio para no responderle que teníamos

mayores preocupaciones que el hecho de que la familia se enterara de que nos habíamos escapado sin permiso. No quería asustarla más de lo que estaba.

–Tenemos que escondernos durante un…

Otro sonido penetró el batir de las paletas del helicóptero: un zumbido grave en el aire. Sentí un cosquilleo entre los diminutos vellos de mi nuca. Allá afuera había algo más. Abajo, en la tierra. Aproximándose.

Mientras mis largos dedos como garras se abrían y cerraban, y las alas vibraban con un movimiento apenas controlado, levanté la vista hacia el cielo. El instinto me impulsaba a volar, pero yo sabía que estaban allá arriba acechando, dando vueltas en círculo como halcones. A través de las copas de los árboles, espié sus siluetas oscuras. Mi pecho se puso tenso. No pensaban marcharse.

Le hice una señal a Az para que me siguiera por las ramas de un pino muy elevado. Con las alas plegadas sobre el cuerpo, nos deslizamos entre las agujas punzantes que nos rasgaban la piel. Contuvimos la respiración y esperamos.

De golpe, la tierra cobró vida y se pobló de un enjambre de vehículos: camiones, camionetas 4x4, motocicletas todoterreno.

–¡No! –exclamé con un sonido áspero al ver las máquinas y los hombres armados hasta los dientes. En un tráiler

había dos tipos agachados y listos frente a un gran lanzador de redes. Eran cazadores experimentados: sabían lo que hacían y conocían a su presa.

Az temblaba tanto que la gruesa rama en la que estábamos agazapadas comenzó a sacudirse y las hojas crujieron. Le apreté la mano. Las motos avanzaban en primer lugar, a una velocidad vertiginosa. El conductor de una de las camionetas hizo señas a través de la ventanilla.

–Miren esos árboles –gritó. Su voz era profunda y aterradora.

Az se movió nerviosamente y le oprimí la mano con más fuerza. Había una motocicleta justo debajo de nuestro escondite. El conductor llevaba una camiseta negra pegada a su cuerpo joven y musculoso. Mi piel se estiró de forma lacerante.

–No puedo quedarme aquí –anunció Az a mi lado, con la voz ahogada–. ¡Tengo que irme!

–Az –gruñí. Mi tono bajo y sordo sonó ferviente y desesperado–. Eso es lo que ellos quieren. Están tratando de hacernos salir. Cálmate.

–No puedo –sus palabras brotaron violentamente a través de los dientes apretados.

Me sobrevino un sensación desagradable en las tripas y supe que ella no iba a resistir.

Al observar la actividad que se desarrollaba en el suelo y los helicópteros que rasgaban el cielo, tomé una decisión.

–Muy bien –dije y tragué saliva–. Este es el plan. Nos separamos…

–No…

–Yo salgo primero. Después, una vez que ellos comiencen a perseguirme, tú te diriges hacia el agua, te sumerges y te quedas ahí. Todo el tiempo que sea necesario.

Sus ojos oscuros emitían destellos húmedos; las líneas verticales de sus pupilas palpitaban.

–¿Entendiste? –le pregunté.

Ella asintió con inquietud y los orificios de su nariz se contrajeron con una inhalación profunda.

–¿Q-qué vas a hacer?

Lancé una sonrisa forzada y una mueca de temor se dibujó en mi rostro.

–Volar, por supuesto.